

DOMINGO II DE PASCUA (B)

LA HOMILÍA S. Martínez Rubio

Palabra de Dios:
(Jn 20,19-31.)

Pascua es la constante presencia de Cristo resucitado en medio de su comunidad. De ahí que, tanto en este domingo como en los siguientes, se suceden los textos pascuales mostrándonos una y otra vez la misma realidad proclamada en la noche de Pascua: «El Señor ha resucitado.»

El Evangelio de hoy insiste en que Jesús, a pesar de la incredulidad de los apóstoles, ejerce una presencia real en la comunidad reunida, particularmente en la celebración eucarística del domingo, el primer día de la semana.



"Al anochecer... estaban los discípulos con las puertas cerradas, por miedo a los judíos". El miedo los tiene paralizados. Se han reunido para encerrarse y aislarse. Rumando el fracaso de sus ilusiones y esperanzas. Quieren pasar desapercibidos, no llamar la atención. El miedo es fruto de su inseguridad, de su falta de fe en Jesús resucitado. A veces nosotros tenemos esa misma actitud. Vivimos como los discípulos del evangelio, «al anochecer», «con las puertas cerradas», llenos de «miedo», replegados, ocultos, sin dar testimonio. Encerrados. Sólo la presencia del Resucitado nos dará la firmeza y la alegría necesaria en medio de la hostilidad del mundo.

"Y en esto entró Jesús, se puso en medio". Es la experiencia de la resurrección. Entró Jesús y la noche se hizo día. Las puertas se abrieron. El miedo salió temblando. Entró Jesús y la alegría les sonrió. Se renovaron. Este fue el gran milagro de la Pascua. Los acobardados se llenan de audacia, los tristes se encienden de gozo, los desencantados se entusiasman, los desunidos logran una profunda comunión. Resucitan.

Les dijo: Paz a vosotros. La paz es el don del Resucitado. La paz del Resucitado es una realización del Crucificado; Es la paz que brota del sacrificio de Jesús que nos reconcilia con Dios con los demás y con nosotros mismos.

Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. El resucitado es el mismo que murió en la cruz. Por eso les muestra las manos y el costado. Las heridas de Jesús se convierten en su tarjeta de identidad. El Resucitado es el mismo Jesús que fue crucificado.

"Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor". La tristeza se convierte en alegría. La alegría es el sentimiento fundamental de la fe pascual.

"Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo". Nace una comunidad de enviados, de misioneros que debe anunciar a todos los hombres esta buena noticia del amor de Dios. Un amor que no puede fracasar, como lo ha demostrado resucitando a Jesús de entre los muertos. El Señor nos invita a ser testigos de ese amor.

"Sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo". El don del Espíritu Santo, que Jesús concede a sus discípulos, es descrito de la misma forma que el don de la vida que Dios comunicó al hombre en sus orígenes (Gn 2,7 "Sopló en sus narices aliento de vida y resultó el hombre un ser viviente") La Pascua es una nueva creación. Los discípulos estaban muertos: por el miedo, por la tristeza, por la duda. Pero Jesús era la vida resucitada y con el Espíritu nos comunica la vida.

A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos. El fruto de la obra redentora de Jesús es, en primer lugar, el perdón de los pecados.

Tomás... no estaba con ellos cuando vino. Y los otros le decían: Hemos visto al Señor. Pero él les contestó: Si no veo ... no lo creo. Jesús no puede ser visto ni reconocido fuera de la comunidad reunida en su nombre (Mt 18,20).

"A los ocho días estaban otra vez dentro los discípulos, y Tomás con ellos". Es la reunión de comunitaria del Domingo, "día del Señor", en la que, desde hace dos mil años, la comunidad cristiana reúne para celebrar la Eucaristía, el día en que experimentamos de una manera más intensa la presencia del Resucitado. Cada domingo podemos decir que se nos "aparece" Jesús, también a nosotros, en nuestra reunión eucarística. Nosotros celebramos cada ocho días la Pascua del Señor. No sólo recordamos que resucitó en este día, sino celebramos su presencia, aunque no le veamos. Está presente en la comunidad reunida, en la Palabra proclamada, y de un modo especial en ese Pan y Vino en los que él mismo ha querido dárseos como alimento para el camino.

Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente...Señor mío y Dios mío! es un espléndido acto de fe de Tomás que unido a la comunidad reconoce al Señor.

Dichosos los que crean sin haber visto. Porque lo definitivo, no es ver, sino amar. Sólo el amor puede hacer que veamos y creamos. ". Necesitamos que el Señor se haga presente y debemos reconocerlo por tres signos: la donación de la paz (hay que desterrar los conflictos), el soplo creador (hay que infundir aliento de vida) y los estigmas de Jesús (el sufrimiento por los otros es huella redentora). Jesús es el centro de la comunidad de creyentes testigos.